

Por todas partes surgían entonces enemigos contra los etruscos. Amenazados al N. por los galos, en el centro por Roma, al S. por los griegos y samnitas, perdieron la Lombardia, la orilla izquierda del Tíber y la Campania, donde los samnitas se apoderaron de Volturno, cuyos habitantes degollaron en una noche.

A fines del siglo v, antes de J. C., no conservaban ya más que la Toscana. Sobre esto, se había introducido entre ellos la división, habiéndose desuelto la liga en medio de

sus desgracias. Atacada Veyos por los romanos, quedó abandonada á sí misma, como Clusium, amenazada por los galos. Tanto egoísmo llevó al fin su merecida pena: Veyos sucumbió, Ceres vino á ser municipio romano, y Sutri y Nepet fueron ocupadas por colonias latinas.

Estos desastres no sirvieron de lección y Etruria vió con indiferencia los primeros esfuerzos de los samnitas. Al fin comprendió, sin embargo, que se trataba de la libertad de Italia y se levantó toda ella. Pero también fué derrotada



Puerta de Volterra. (pág. 21).

en Vadimón, viniendo á rematarla otra derrota. Esta fué la última sangre derramada por la independencia. Poco tiempo también, con el título de aliados italianos, pudieron considerarse libres; aunque lentamente, la mano de Roma fué pesando sobre ellos y al cabo de un siglo, sin saber cómo, la Etruria quedó reducida á una provincia del imperio.

Tranquila bajo el yugo y resignada á una suerte de mucho atrás predicha (1), este pueblo no intentó ya luchar contra el destino. Con el lujo y el amor á las artes procuró aturdirse, distraerse de la pérdida de su libertad, y conservando hasta en medio de sus placeres sensuales la idea presente siempre de la muerte, continuó adornando sus necrópolis con pinturas y escondiendo en ellas millares de objetos, cuyo trabajo y materia revelan grande opulencia. La Etruria era, en efecto, rica aún: ya se verá lo que sus ciu-

(1) En medio de las guerras civiles de Mario y de Sila, hubieron de declarar los arúspices que el gran día de la Etruria iba á acabar. Según los cálculos de su teología astronómica el mundo actual no debía durar más que ocho grandes días ó bien ocho veces 1100 años, y uno de estos días del mundo estaba conceido á cada gran pueblo (Varron ap.

dades dieron á Escipión, después de diez y seis años de la guerra más sangrienta.

Pero la revolución económica, consecuencia de las grandes guerras de Roma, hubo de ganar las provincias. Como en el Lacio y en la Campania, el esclavo fué tomando poco á poco el lugar del hombre libre, el pastor el del labrador, y la pequeña propiedad se perdió en los grandes dominios. Cuando Tiberio Graco atravesó la Etruria al regreso de Numancia, se asombró de su despoblación. Sila acabó de arruinarla abandonándola á sus soldados como premio de la guerra civil. Los triunviro pasaron por allí también, y con esto la Etruria no volvió á levantarse más: su organización social había perecido y hasta desaparecido su lengua. De tanto poderío, gloria, arte y ciencia, sobrevivió sólo una cosa, única: hasta los últimos días del mundo an-

Cens. 17). Cicerón, en el *Sueño de Escipión*, cree también en la renovación periódica del mundo: *Elusiones exustionesque terrarum quas accidere tempore certo necesse est.* (De Rep. VI, 21). Virgilio ha revestido esta grande idea con su magnífica poesía: *Aspice convexo nutantem pondere mundum* (Ecl. IV, 50).

tigo, el arúspice toscano conservó su crédito para con el pueblo rural. Nadie sabía mejor que él leer en las entrañas de las víctimas, en las fulminaciones de las nubes, en los fenómenos de la naturaleza (1). Vana ciencia que reposaba en el dogma enervante de la fatalidad y entorpeció á este pueblo hasta la muerte.

Desempeñó sin embargo un papel importante en la civilización de Italia, no por las ideas, pues nada dió al pensamiento humano, ni por el arte, pues para las obras elevadas, tenía el suyo poca originalidad; sino por su concepción utilitaria de la vida, por su industria y por la influencia que ejerció sobre Roma.

Tito Livio llama á los etruscos la más religiosa de las naciones, la que sobresalió en la práctica de los ritos establecidos, y los Padres de la Iglesia hacían de la Etruria la madre de las supersticiones. Más adelante se verá que bien merecía este renombre. Su doctrina augural era famosa entre los antiguos. Creían que algunos signos anunciaban los grandes acontecimientos del mundo, y habrían tenido razón, si en vez de observar los fenómenos de la naturaleza física, hubieran estudiado los del orden moral, pues la buena política es la que procura descubrir los signos del tiempo. Pero el arte augural no era más que un conjunto de reglas pueriles que encadenaban el espíritu é hicieron de ellos primero, y de los romanos después, el pueblo más formalista del universo.

Si se exceptúa á los griegos establecidos á orillas de los golfos de Nápoles y Tarento, los etruscos eran los más cultos de los pueblos italianos: eran hábiles sus artesanos, sus nobles gustaban de la pompa en las ceremonias y de la magnificencia en las costumbres, y ellos dieron á Roma estas aficiones con sus carreras de caballos y sus combates de atletas.

Diéronle también su maciza arquitectura, que era una pesada imitación del orden dórico. El templo de Júpiter en el Capitolio le dió ese aspecto aplastado que convenía asimismo á la imaginación de los romanos, pesada también; pero muy poco al Dios infinito del cielo. La puerta de Volterra y la *Cloaca Maxima* prueban que supieron construir arcos y bóvedas, lo que no supieron hacer los griegos de la grande época. La grosera ojiva de algunas puertas ciclópeas les había inspirado sin duda el pensamiento, y la arquitectura se halló dotada por ellos de un elemento nuevo y precioso. Al parecer no sacaron partido de ello para las construcciones grandiosas, como lo hicieron los romanos del imperio; pero utilizaron la bóveda en sus canales y túneles para el desagüe y saneamiento de los campos.

Los senadores de Roma, que alojaban sus dioses á la usanza etrusca, se alojaron ellos mismos como los lucumones de Veyos ó de Tarquinia: el *atrio*, rasgo característico de las *villas* patricias, está tomado de los etruscos; y del *atrio* romano vinieron el *patio* de los españoles ó de los moros y el claustro católico. Pero mientras los romanos hacían, como nosotros, los sepulcros á la superficie del suelo, los etruscos escarbaban la tierra ó vaciaban la roca de sus colinas y hacían sus cámaras funerarias, de las cuales algunas, como, por ejemplo, las del valle de Castel d' Asso, tienen una singular relación con las que se ven cerca de Tebas, en Egipto. A las veces edificaban por encima de la cavidad que encerraba sus muertos raras construcciones, cuya representación más completa pudiera ser

(1) Cic. De Div. II, 12, 18. *Exta, fulgura et ostenta* eran las tres partes de la ciencia adivinatoria.

(2) Plinio, Hist. nat., XXXVI, 19.

(3) Quatremère de Quincy, *Recueil de dissert. arch.* 1836.

el fabuloso sepulcro de Pórsena, si pudiéramos poner la descripción que los antiguos nos dejaron de él en condiciones de verosimilitud.

Varrón, si Plinio lo copió bien, se hizo eco de los vagos recuerdos que la tradición había conservado, embelleciéndolos á su manera.

«Pórsena, dice, fué sepultado por debajo de la ciudad de Clusium, en el lugar donde había hecho construir un monumento cuadrado de piedra de sillaría. Cada una de sus caras tiene 300 pies de longitud por 50 de altura, y su base, cuadrada también, encierra un laberinto enrevesado. Si alguien se aventuraba á entrar en él sin un ovillo de hilo, no podía ya encontrar la salida. Encima de este cuerpo hay cinco pirámides, cuatro á los ángulos, y una en medio, de 75 pies de anchas en su base y de 150 de altura, de tal modo cónicas, que á su vértice tienen todas un globo de bronce y una especie de sombrero, de que cuelgan, suspendidas por cadenas, unas campanillas que agitadas por el viento dan un prolongado sonido como el que se oía en Dodona. Sobre el globo hay otras cuatro pirámides, de 100 pies de altura, y encima de estas pirámides y sobre una plataforma única, aun había otras cinco pirámides, cuya altura tuvo Varrón vergüenza de marcar. Esta altura, según las fábulas etruscas, era la misma que la del monumento entero (2).»

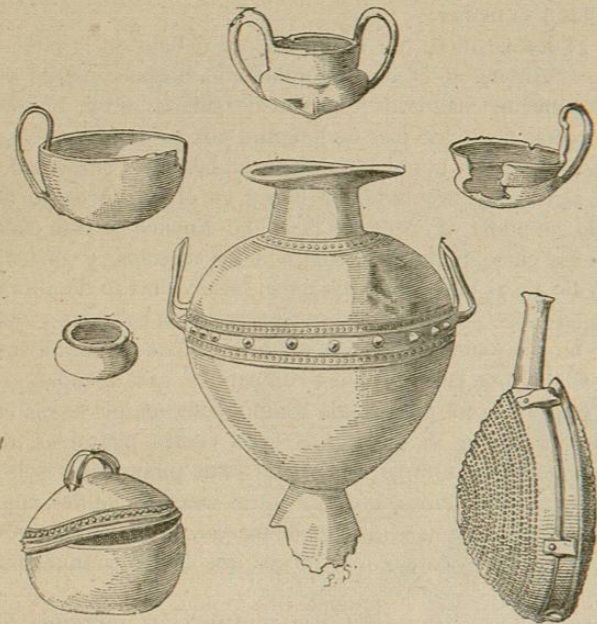
Se ha querido explicar esta construcción imposible diciendo que las pirámides no estaban sobrepuestas una á otra, sino colocadas en planos retirados (3). Esta leyenda no era sin embargo fabulosa del todo. En Chiusi mismo se han descubierto cámaras sepulcrales formando una especie de laberinto, por el cual se circula difícilmente á través de angostos corredores, y la *Cucumella* de Vulci permite suponer que el glorioso rey de Clusium había tenido un sepulcro suntuoso.

La *Cucumella*, situada en una llanura, desierta é inhabitable hoy, es un *túmulo*, amontonamiento cónico de tierras de 14 á 15 metros de altura, y probablemente más alto en la antigüedad, y 200 metros de circunferencia. Excavado muchas veces este montículo, no ha entregado aún su secreto. Entre los escombros se han encontrado en efecto sepulturas; pero sólo oscuros muertos tenían en ellas su última morada, y como fieles servidores guardaban las inmediaciones del lugar en que reposaba su amo. El lucumón y los suyos estaban más lejos, en una cripta central, cuyo acceso se había cerrado con un muro de tal espesor que los operarios no pudieron hacerle mella. Todos los esfuerzos hechos para descubrir la entrada de este monumento fueron inútiles: las pirámides de Egipto defendieron mucho menos sus cámaras sepulcrales. En las zanjas que se abrieron al rededor del recinto, se encontraron animales de basalto, esfinges aladas, leones de pie ó acurrucados, que velaban en este palacio de la muerte para ahuyentar á los audaces que hubieran intentado franquear la puerta. Encima de este cuerpo de piedra se veía la base de unas torres en parte derruidas, con cuyos despojos se ha podido restaurar este sepulcro misterioso, con alguna verosimilitud (4). El edificio no tiene gracia, pero el arte verdaderamente etrusco no tenía ese don que la Grecia recibió de Minerva, y por extraña que parezca esta construcción, no lo es ciertamente más que el túmulo del rey lidio Aliates, á orillas del Hermos (5).

(4) Esta restauración se debe al príncipe de Canino, cuyo dominio comprendía el emplazamiento de Vulci.

(5) Herod. I, 93; Stuart, *Mon. of Lydia*, p. 4; Texier, *Descrip. de l'Asie*, Min. III, 20.

Sepultar á los caudillos en grandes túmulos era costumbre de los escitas, de los germanos, de los celtas y de los lidios y por consiguiente de los pelagos: es pues natural encontrarla en Etruria, sobre todo en la región en que se es-



Utensilios de bronce (1)

tablecieron los tirrenios. El tipo de los sepulcros egipcios se muestra al contrario en el valle de Castel d'Asso, á cinco millas de Viterbo (2). La ciudad está destruída, pero sub-



Vasos negros de Clusium (Chiusi) (3)

siste su necrópoli, vaciada en la roca como los sepulcros de Medinet Abut. Su fachada es de orden dórico, carácter general de la arquitectura etrusca. Sus puertas, más estre-

(1) Para la descripción de estos objetos pueden verse los *Annales du Bull. archéol.* de 1874, t. XLVI, págs. 249 y sigs.

(2) Castel d'Asso corresponde al burgo de Axia, *Castellum Axia*, que estaba situado *in agro Tarquiniensi* (Cic. *pro Cac.* 20). Véase la

chas de arriba que de abajo, y sus molduras y ornamentación en relieve recuerdan los monumentos de las orillas del Nilo. Soana y Norchia tienen también su valle de los sepulcros; los de Castel d'Asso eran aún desconocidos en 1808. Un pueblo inmenso rebullía en otro tiempo en estas soledades, donde el viajero no se atreve ya á poner el pie en cuanto siente los tibios y mortíferos efluvios de la primavera de la Maremma.

Las excavaciones etruscas nos han valido ya una multitud innumera de bronce, de barro, de joyas y utensilios domésticos de un trabajo notable. Su toréutica era famosa aun en Atenas; por doquiera se buscaban las cinceladuras, los candelabros, los espejos de bronce grabado, las copas y joyas de oro procedentes del país de los tirrenios, y cuando, hace algunos años, el museo Campana nos hizo conocer estas maravillas, la orfebrería moderna tuvo que aceptar temporalmente la moda etrusca. Sus figuras tienen la rigidez de la estatuaria egipcia; mas no es aun el estilo eginético.

Sin embargo, suministraban á Italia muchas estatuas de bronce y de barro cocido de grandes dimensiones. Los romanos, que regateaban hasta con los dioses, juzgaron que estatuas de barro cocido eran suficiente exornación para el templo de Júpiter Capitolino y de barro las pusieron por encima del frontis. Pero á precio más ventajoso se proveyeron de estatuas de bronce, cuando tomaron nada menos que dos mil en el saqueo de Volsena.

Los antiguos, que no sino muy tarde supieron fabricar toneles, han sido los primeros alfareros del mundo: nuestros museos poseen más de quince mil vasos antiguos. La alfarería roja de Arezzo y la alfarería negra de Chiusi son puramente etruscas. La forma suele ser rara, pero casi siempre elegante. Los relieves que adornan estos vasos, los animales fantásticos que en ellos se ven, esfinges, caballos alados, grifos, sirenas, recuerdan motivos familiares á los artistas orientales y nos conducen á la conclusión que ya hemos hecho sobre los diversos orígenes de la civilización etrusca. Algunos de estos vasos pudieran tomarse por *canopes* egipcios, como esas urnas cuya tapadera es una cabeza de hombre.

Entre los especímenes que ofrecemos, hay un jarro en forma de pez, y en el museo Campana se conserva otro en forma de pájaro. Los anticuarios convienen en considerar estos vasos negros como objetos muy antiguos, y Juvenal afirmaba ya que el bueno del rey Numa no había usado otros:

... quis
Simpulvium ridere Numa, nigrumque catinum...
Ausus erat!... (4)

En cuanto á los vasos pintados, están imitados de los vasos griegos, ó fueron importados por el activo comercio que sostenía Italia con todos los países que rodean el Mediterráneo oriental, como Egipto, Fenicia, Chipre, Rodas, y sobre todo con la Grecia asiática y la europea.

descripción que de él hacen Dionisio, *Etruria*, I, 229-242, y el *Bull. arch.* 1863, p. 18-56.

(3) Sacados del Atlas de N. des Vergers.

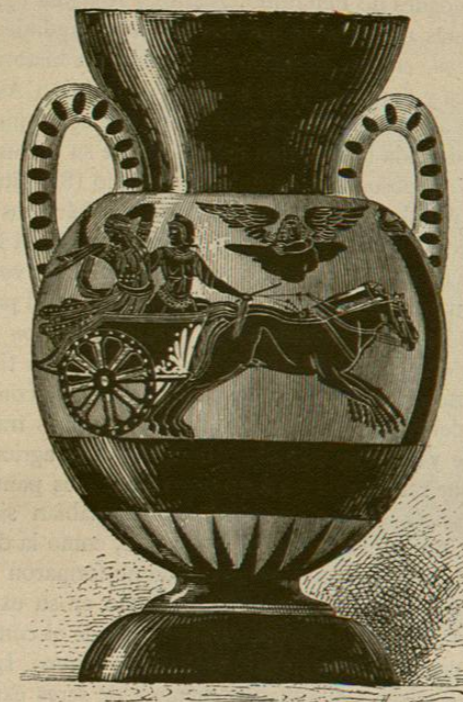
(4) Sat. VI, 343.



Vaso negro de Clusium (3)

Los asuntos representados más á menudo en estos vasos estaban sacados de la Iliada, de la mitología y de las tradiciones heroicas de la Helada. Cuando reproducen mitos particulares de la Etruria, son reminiscencias ó imitaciones extranjeras. Vasos de bronce dorado descubiertos en Volinia ostentan figuras cuya elegancia recuerda las más bellas medallas de Siracusa.

Debemos tomar en cuenta á los etruscos haberse hecho discípulos de los que en el dominio del arte fueron los due-



Vaso Panatenaico (1)

ños del mundo, y de habernos legado algunas de sus obras maestras. El más admirable de los vasos antiguos ha salido de las excavaciones de Chiusi (2), y pues un habitante de Vulci estimó un vaso panatenaico como objeto bastante precioso para hacer que lo sepultaran con él, pongamos al lado de lo que hizo la Etruria, lo que amó también.

IV

OSCOS Y SABELIENSES.

En la parte central y al E. de Roma y del Lacio es donde el Apenino tiene sus más altas cimas y sus valles más abruptos. Allí, el Gran Sasso de Italia, el Velino, la Majella, la Sibila, el Terminillo Grande elevan sus nevadas frentes por encima de toda la cadena apenina y desde sus cúspides dejan ver los dos mares que bañan á Italia. Pero sus flancos no están muellemente redondeados como si les hubiera faltado espacio para extenderse. Sus líneas chocan y

(1) Estos vasos se daban en premio en las fiestas de Minerva, llamadas panatenaicas. El que aquí ofrecemos representa probablemente el rapto de Helena por París. Según conjetura de N. des Vergers, la figura aérea, rodeada de un velo sembrado de estrellas, es la diosa de la Noche favoreciendo el rapto de la esposa de Menelao.

(2) El vaso *Francisco* en Florencia, cuya representación se hallará en el Atlas de *l'Inst. archéol.* t. IV, p. 54, 55 y 57.

(3) *Inferno di S. Columba*, llaman á uno de estos valles.

(4) Los samnitas hablaban el osco, la lengua de la Campania, y los atelanos escritos en esta lengua eran comprendidos en Roma. (Strab. V, III, 6).

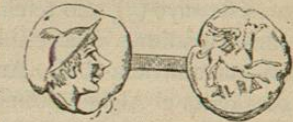
se rompen; los valles se hunden allí en hondos abismos á donde nunca desciende el sol; angostos desfiladeros son sus pasos, y torrentes sus arroyos. Por todas partes la imagen del caos. *¡Es el infierno!* dicen los campesinos (3). En todos tiempos ha sido el refugio de poblaciones bravas é intratables, y las más antiguas tradiciones suponen allí la morada de los oscos y sabelienses, la verdadera raza italiana.

Mucho tiempo rechazados por las colonias extranjeras y como perdidos en el fondo de los más sombríos bosques del Apenino, estos pueblos reclamaron un día su parte del suelo italiano. ¿De dónde venían ellos también? No se sabe; pero las probabilidades históricas, robustecidas por la afinidad de lenguas y religiones (4), indican un origen común. La diferencia de los países en que al fin se detuvieron, los sabelienses en la montaña y los oscos en la llanura, estableció entre ellos una diferencia de costumbres y hostilidades perpetuas que ocultaron su primitivo parentesco. De estos dos pueblos hermanos, el uno, prevaleciendo de la debilidad de los sículos, descendería con los nombres idénticos de oscos, ópicos, ausones y aurunces, á las llanuras del Lacio y de la Campania, esa vieja *tierra de los ópicos*, que acaso nunca había abandonado enteramente; el otro poblaría más tarde con sus colonias las cumbres del Apenino y una parte de las costas del Adriático; éstos, conducidos según su genio belicoso, por los animales consagrados á Marte; aquéllos por Jano y Saturno, que les enseñaron la agricultura, y de los cuales hicieron los dioses del sol y de la tierra, del sol que fecunda y de la tierra que produce.

En tiempos de su poderío, los sículos habían poseído la tierra de los ópicos, pero los daños que la invasión hubo de traer á los pelagos de las orillas del Po, fueron extendiéndose más y más sobre toda su raza hasta que una viva reacción hizo salir á los indígenas de sus *catacumbas apeninas* y los puso en posesión de las llanuras que habían ocupado los sículos. Los cascí ó aborígenes, es decir, los más antiguos del país, iniciaron este movimiento, que atajado muchas veces por las conquistas de los etruscos, de los galos y los griegos, volvió en fin á tomar su curso con Roma y acabó por sustituir con la raza indígena á todos aquellos pueblos extranjeros.

Procedentes del alto país situado entre Amiternum y Reate, los cascí se establecieron al S. del Tíber, donde su mezcla con los úmberos, ausones y sículos que se habían quedado en el país, formó el pueblo de los *prisci Latini* (5) que ocupó desde el Tibur á la mar (53 kilóm.), y desde el Tíber hasta más allá del monte Albano (30 kilóm.), treinta ciudades independientes (7).

En primer lugar se alzó *Alba-la-Longa*, que tomó el título de metrópoli del Lacio (8), de que Roma, fundada 300 años después, pretendió ser heredera. Un vínculo religioso, á falta de otros lazos, unía á estos pueblos, y sacrificios comunes los congregaban en el



Alba-la-Longa (6)

(5) Dionis. *Ant. Rom.* I 14; Nonio, XII, 3; Cic. *Tusc.* I, 12; Varron, *De ling. lat.* IV, 7; Fest. s. v.

(6) Cabeza con casco de Mercurio, por el anverso; un Pegaso por el reverso. Pero este Pegaso no es el caballo alado de las Musas, ni el de la Aurora, leyendas relativamente modernas; lleva los rayos y relámpagos de Júpiter, ó más bien, es el mismo relámpago, cruzando el espacio de un salto. (Hesiod. *Theog.* 281; Apolod. II, 3, § 2 y 4; Ovid. *Met.* IV, 785, y VI, 119.) Esta medalla de un trabajo muy incorrecto, es muy antigua, pues puede datarse del siglo tercero ó cuarto de Roma.

(7) Strab. V, III, 2.

(8) *Omnes Latini ab Alba oriundi* (Tit. Liv. I, 52).